

## LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL TERCER TRIMESTRE DE 1951

El 23 de junio, casi diríase que para celebrar el primer aniversario del conflicto coreano, el delegado soviético en las Naciones Unidas, Jacob Malik, pronunció un discurso por la radio de las Naciones Unidas, al final del cual lanzó la idea de que *podría* conseguirse la paz en Corea, para lo que el pueblo soviético «opina que como primera medida se habrían de iniciar conversaciones entre los beligerantes para llegar a un cese de las hostilidades y a la firma de un armisticio en el que se convenga la retirada mutua de las fuerzas del paralelo 38». El cansancio producido por la prolongación de la guerra de Corea hizo que, pese a la natural desconfianza con que el mundo occidental recibe toda proposición soviética de paz, se considerase el párrafo del discurso aludido como el anuncio de la posibilidad de un cese de las hostilidades que abriera el camino a una solución pacífica. Dos factores coadyuvaron, quizá, al nacimiento de esta esperanza: de un lado, que las operaciones militares habían llevado la mayoría del frente al norte del paralelo, alcanzando las fuerzas aliadas las posesiones sólidas del llamado *triángulo de hierro*, que les permitirían poder estabilizarse con relativa seguridad en tanto se celebraran las negociaciones; de otro, el clima favorable a una pacificación que determinados hechos procedentes del lado ruso venían creando hacia unas semanas. Así, no hemos de olvidar que el jefe de la Delegación de Suecia, Sven Grafstrom, declaró haber recibido con fecha 7 de mayo un telegrama procedente de su Ministro de Asuntos Exteriores, según el cual, de fuente rusa y a través de cierto ciudadano sueco (que era el banquero Marcus Wallenberg), se tenía la información de que la U. R. S. S. consideraba aceptable el paralelo 38 como solución del conflicto; que en aquel mismo mes *Pravda* había reproducido un artículo acerca del armisticio en Corea del senador norteamericano Johnson, coincidiendo hecho tan inusitado con la entrevista de Gromyko y el embajador sueco en la capital soviética; y que el Secretario general de la O. N. U., Trygve Lie, recién regresado de su largo viaje por Europa, en el que estuvo incluida la visita a Moscú, hablando el 1.º de junio en la sede de las Naciones Unidas en Ottawa, afirmó que había llegado el momento de un nuevo esfuerzo para poner término a las hostilidades en Corea.

Pues bien, el día 25 de junio, Radio Pekín dió a conocer la noticia de que el pueblo chino se solidarizaba con la oferta hecha por Malik. Ese mismo día, el Presidente Truman, en un discurso pronunciado en Tullahoma (Tennessee), manifestó que los Estados Unidos, como siempre, estaban dispuestos a llegar a una solución del conflicto, pero cuando se pretendiera llegar a una solución auténtica y no se diera lugar a medidas que favorecieran una nueva agresión. Trygve Lie, a la sazón en Oslo, envió a Lake Success un mensaje telefónico en cuyo texto indicaba que, una vez conseguida la tregua, las cuestiones políticas implicadas en la restauración de la paz habrían de ser discutidas por los órganos competentes de las Naciones Unidas, haciéndose eco asimismo de la esperanza expresada en las últimas semanas

por los Estados miembros con fuerzas combatientes en Corea, de que se hiciera cesar el fuego en una línea próxima al paralelo, e instando a que comenzaran lo más pronto posible las negociaciones. El mismo Secretario general, a su paso por Londres camino de Nueva York de regreso de sus interrumpidas vacaciones, hizo públicas unas declaraciones en el sentido de que la propuesta soviética debía considerarse como una manifestación sincera que exigía tomarse seriamente. No obstante, dado que la propuesta del delegado soviético estaba necesitada de precisiones complementarias, que no pudieron alcanzarse del propio Malik por aparecer súbitamente enfermo cuando el Presidente de la Asamblea General fué a solicitarlas, el embajador norteamericano en Moscú, Alan Kirk, recibió orden de su Gobierno de hacer unas cuantas preguntas concretas sobre el particular a la Unión Soviética. El día 28 el Departamento de Estado dió a conocer un resumen de los puntos fijados por el viceministro soviético de Asuntos Exteriores, Gromyko, ante el embajador norteamericano. El Departamento de Estado celebró consulta inmediata con los representantes de los países representados en las fuerzas aliadas operantes en Corea, y el día 29 el general Ridgway cursó al Mando comunista su conocido mensaje, en el que tomando conocimiento de los deseos expresados por aquél de discutir el cese de las hostilidades, se disponía a nombrar su representante tan pronto como se concertara la celebración de una reunión con ese fin; un barco hospital danés anclado en aguas de la bahía de Wonsan había de ser el lugar del primer encuentro de los representantes enemigos, y recibió órdenes de estar preparado para tal objeto. El 1.º de julio respondió el comandante militar de las fuerzas nortcoreanas y chinas en Corea aceptando la iniciación de las conversaciones, si bien proponiendo que éstas habían de llevarse a cabo en la zona de Kaesong, entre el 10 y el 15 de julio. Veinticuatro horas después el comandante de las fuerzas aliadas en Corea respondió aceptando a su vez la propuesta del Mando comunista, y el general Ridgway declaró estar presto a enviar sus representantes para, en tanto llegara el 10 de julio, establecer un contacto preliminar con los representantes comunistas. El 8 de julio tuvo lugar éste con el fin de determinar las modalidades de las negociaciones. Y, en fin, éstas se iniciaron el día 10 en Kaesong.

Estos fueron los antecedentes y de esta manera se iniciaron las negociaciones de Kaesong. Todo el trimestre que es objeto de la presente crónica es testigo de la inutilidad de esas conversaciones, de la ausencia de resultados prácticos en orden a la consecución del fin propuesto. Prolijo sería relatar con algún pormenor el curso de las mismas, encerradas en un círculo vicioso. Hasta la décima reunión, el 26 de julio, no se llegó a concretar el orden del día que había de seguirse para regular la conferencia del armisticio militar, y para entonces ya había sufrido dos interrupciones. El orden del día acordado comprendía los siguientes puntos: 1, aprobación del orden del día; 2, establecimiento de una línea militar de demarcación entre ambas partes con el fin de crear una zona desmilitarizada como condición básica para el cese de las hostilidades; 3, disposiciones concretas para la realización del alto el fuego y del armisticio; 4, disposiciones sobre prisioneros de guerra; y 5, recomendaciones a los Gobiernos interesados por ambas partes. La cuestión de la retirada de las tropas extranjeras, que había dado motivo a la segunda ruptura de las negociaciones, quedó relegada para las conversaciones del armisticio.

Concluida la etapa procesal de las negociaciones en curso, no se pudo ya pasar más adelante, pues la dificultad surgió insalvable el día 28, al fijar cada uno de los representantes sus distintas posiciones con respecto al punto 2. La irreductible posición de los rojos consistió siempre en señalar el paralelo como la línea militar de demarcación. Los aliados buscaban el trazado de la misma a base del frente de contacto entre ambos contendientes, lo cual dejaba en su poder las posiciones estratégicas conquistadas en el mes de junio al Norte del paralelo. Es indudable que esta línea cartográfica no puede ser fijada como línea militar, por razones obvias que ya puso de relieve el general Mac Arthur al oponerse a la tesis de algunos políticos, y por ello, los aliados, aun en el supuesto de aceptar la modificación del trazado del frente, no podrían nunca dejar de tener en cuenta las exigencias militares llega-

do el momento de señalar los límites del alto el fuego. La propaganda comunista ha encontrado con este motivo argumentos para acusar a los norteamericanos de intentar convertir la parte Sur de la península, al amparo del armisticio, en una base militar. Pero las razones que movieron al almirante Joy, jefe de la Delegación aliada, y al general Ridgway a no alterar su posición, se deducen con claridad de la necesidad de prever en cualquier momento la continuación de las hostilidades, lo que sería catastrófico para sus fuerzas de acceder a un trazado de la línea de demarcación desprovisto de posibilidades de defensa.

Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo sobre el punto 2 del orden del día, la representación de las Naciones Unidas propuso el 13 de agosto suspender temporalmente las conversaciones sobre el mismo para pasar a los restantes; pero esta sugestión fué rechazada de plano por los rojos. Tres días después, sin embargo, se aceptó por éstos la propuesta del almirante Turner Joy, de creación de un Subcomité mixto que se encargaría de discutir el debatido punto 2, suspendiéndose las sesiones de la Conferencia hasta que el Subcomité adoptara una decisión que fuera admitida de consuno por ambas partes. La aceptación roja de la propuesta fué considerada como de buen augurio, por cuanto hasta entonces los chino-coreanos se habían negado a discutir otra línea que no fuera la del paralelo. En efecto, la Delegación comunista indicó al iniciarse las labores del Subcomité que la línea del paralelo podría reajustarse si así lo exigían la topografía y las necesidades defensivas de las partes. Pero el estancamiento continuó y el Subcomité no logró vencer el punto muerto en que la Conferencia había dejado las negociaciones. A primeros de agosto habían sufrido éstas la tercera de sus interrupciones, a causa de haber sido violada la neutralidad de la zona de Kaesong por una compañía comunista, y el 23 de agosto fué la Delegación roja la que suspendió por cuarta vez las conversaciones, con la acusación de haberse violado por un avión aliado esa misma neutralidad. Y puede decirse que desde entonces no se volvieron a reanudar, porque aunque a lo largo del mes de septiembre, y después de mutuas y repetidas acusaciones de violación, de nuevo establecieron contacto oficiales de ambos ejércitos, no llegaron a tratar de los puntos necesarios para llegar a una tregua, dado que los oficiales comunistas rechazaron discutir otra cosa que no fuera la simple reanudación de la Conferencia de Kaesong, en tanto que los aliados insistieron en tratar de las condiciones para la reanudación de las conversaciones del armisticio.

Durante el mes de septiembre, al mismo tiempo que el Subcomité veía interrumpidas sus labores por las acusaciones de violación de la neutralidad a que hemos hecho referencia, y sin que las negociaciones acertaran a continuarse con algunas probabilidades de éxito, el frente entró paulatinamente en actividad. Es necesario decir que si bien al comienzo de ellas la actividad bélica se redujo por ambos lados a golpes de mano y duelos de artillería, no dejaron por eso los observadores militares, aliados de señalar la presencia de movimientos de tropas, algunos de considerable, en la Corea comunista, y especialmente se hizo recaer repetidas veces la atención sobre el incremento experimentado por las fuerzas aéreas chino-coreanas. Sobre todo, el elevado número de aparatos a reacción de procedencia rusa que se calculaba a comienzos de las negociaciones, era la demostración de que las fuerzas aéreas norteamericanas, al reanudarse las hostilidades, habrían de hacer frente a una flota aérea digna de consideración y que aspiraba a tener el dominio del aire en la península. El aumento de los efectivos militares que el Mando comunista preparaba fué tal, que, pese a estar la atención concentrada en las negociaciones para el armisticio, repetidas veces se habló de preparativos para una nueva ofensiva roja. Con el mes de septiembre la actividad fué creciendo en el frente hasta hacer desaparecer el letargo que había conocido en los dos meses anteriores.

La inutilidad de tres meses de negociaciones para concertar un alto el fuego que abriera las posibilidades del armisticio, el fracaso continuado de las delegaciones puestas en contacto, producido en la mayoría de las ocasiones por obstáculos que hubieran sido salvados sin dificultad de existir un auténtico deseo de hacer enmudecer las armas para llevar la paz a las castigadas tierras coreanas, conduce inexo-

rablemente a preguntarse por la escondida intención que ha alimentado estas negociaciones.

Cuando en nuestra crónica anterior aludíamos al discurso de Malik, ya señalábamos la dificultad de precisar los móviles que podían haber determinado a Rusia a dar este paso, aunque indicábamos que podían muy bien no ser ajenas a él las pérdidas cuantiosas de los comunistas, la superioridad aérea norteamericana y la evidencia de un ejército entrenado y eficiente. Hoy volvemos a afirmar esto último, pero precisando que, a la vista de los hechos, muy difícilmente puede sostenerse que por parte de los norcoreanos y comunistas chinos y de la misma Rusia soviética se haya pensado en un cese de las hostilidades que condujera a la paz, sino en una tregua que durara todo lo que la paciencia hiciera prolongarse las conversaciones, para de este modo reparar el material, reorganizar los cuadros del ejército, sobre todo incrementar el potencial aéreo y, en una palabra, ganar tiempo para rehacerse. Aunque indudablemente los comunistas han sufrido grandes pérdidas, su situación no es tan apurada en el orden militar como para verse forzados a aceptar condiciones. Por el contrario, los forcejeos en las prolongadas conversaciones sólo podían beneficiarlos, no ya por la posibilidad remota de que el cansancio llevara a los delegados de las Naciones Unidas a aceptar el paralelo, lo que sería el completo fracaso de la intervención aliada y la pérdida de la guerra, sino porque, como ya hemos dicho, se ganaría tiempo para rehacerse, se exploraría a los occidentales sobre las concesiones a que estarían dispuestos, bien en el orden militar, bien en el político, para llegar a una paz coreana, que éstos desde luego sí quieren, aunque ocupen sus fuerzas una posición favorable en el campo de batalla, y se conseguiría mantener y aumentar la tensión del mundo no comunista utilizando la táctica soviética de que se ha hecho gala especialmente en la última parte de las conversaciones, de poner constantemente dificultades que impiden llegar a todo resultado práctico. El hecho de que en la sugestión de las conversaciones pacificadoras no se haya hecho ninguna referencia a los objetivos políticos de Mao, como su reconocimiento e ingreso en la O. N. U., o la cuestión de Formosa, a los que siempre había éste condicionado la solución del conflicto, es indicio, por parte de los comunistas, de su deseo de que no surgiera ningún inconveniente en la aceptación de las negociaciones. Pero la presencia del nombre del general Peng Te-Huai, importante personaje militar del comunismo chino, en la contestación cursada a la proposición del general Ridgway para la realización de la tregua, es clara muestra de que aquellos problemas políticos no estaban ausentes en las intenciones perseguidas por la pacífica sugerencia rusa dada a conocer por Malik.

Sin embargo, un simple restablecimiento militar no nos parece suficiente explicación para desvelar las intenciones de la iniciativa soviética y del curso impreso a las negociaciones por los rojos, obediendo sin duda indicaciones de Moscú y Pekín, habida cuenta de los antecedentes que más arriba han quedado señalados. Al lado de este fin inmediato hay que buscar otros de mayor alcance poniendo en relación lo acaecido en el escenario coreano con los grandes temas actuales de la política internacional, pues que todo es expresión de la lucha planteada entre los dos mundos en presencia.

\* \* \*

La política defensiva emprendida por el mundo no comunista ha cobrado un especial relieve durante el mes de septiembre en virtud de tres hechos diferentes, pero que guardan estrecha relación entre sí: la firma del Tratado de paz con el Japón, la Conferencia de los tres Ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, celebrada en Wáshington, y la reunión en Ottawa de los doce países signatarios del Pacto del Atlántico.

La firma del Tratado de paz con el Japón representa un gran triunfo diplomático de los Estados Unidos sobre Rusia y la culminación de la política seguida por la República norteamericana con respecto al vencido Imperio nipón, de la que hay

que considerar como primer artífice al general Mac Arthur y luego al consejero del Departamento de Estado John Foster Dulles, quien, recogiendo directrices del diputado procónsul y manteniendo consultas con él aun después de la separación de sus cargos, ha sabido llevar a término Tratado de tan gran importancia para el Extremo Oriente. El lector de estos CUADERNOS encontrará en la Sección de *Documentación Internacional* el texto de este notable documento, precedido de amplio y preciso comentario.

Puede sin duda calificarse la rúbrica de la paz con el país del Mikado como el acto de mayor trascendencia registrado en esta postguerra en relación con el Extremo Oriente, y si repetidamente se señaló en años anteriores la desorientación de la política de Washington con respecto al continente amarillo, bueno será consignar ahora que su política con el Japón ha sabido llegar con más rapidez que en Europa, guiada por un criterio realista, a la etapa final de rehabilitación del vencido.

La Conferencia sobre la firma del Tratado se celebró en San Francisco y comenzó el día 4 de septiembre. El acto de la firma, el día 8, y el número de potencias firmantes, incluido el Japón, fué de 49. En el curso de las sesiones fué destruído el intento soviético de poner dificultades a la conclusión del Tratado. Así, sucesivamente, fueron rechazadas las propuestas rusas de inclusión de la China roja y otras de procedimiento tendentes a impedir la aplicación de las normas de procedimiento anglonorteamericano, que fueron aprobadas al fin con sólo los votos en contra de Rusia, Polonia y Checoslovaquia.

Cuando el 13 de agosto Moscú anunció su deseo de asistir a la Conferencia de la paz con el Japón, Washington dió a conocer sin tardanza su decisión de no dejar que a última hora fuera obstaculizado el ingreso del Japón en el cuadro de las naciones soberanas, que tan prolongada y laboriosa preparación había exigido.

En virtud del Tratado de paz, el Japón adquiere plena soberanía y da un paso fundamental en el camino de su resurgimiento, además de alejar de la amplia zona del Pacífico el peligro que implicaba la prolongación de su situación anormal de postguerra. Interinidad que Rusia ha deseado siempre como campo abonado para la guerra fría. De ahí su oposición a la conclusión de un Tratado que, presidido por un criterio generoso y liberal, vincula al antiguo Imperio nipón con la República norteamericana y lo hace girar inevitablemente en la órbita de ésta. No ignoramos las dificultades que pueden derivarse de la rehabilitación del Japón, por ejemplo en el orden comercial, pese a la cláusula que trata de prever la competencia desleal; pero es indudable que la firma de este Tratado es de singular valor como ejemplo si volvemos nuestra vista a Alemania. Es cierto que las circunstancias políticas que han alejado de San Francisco a la China y a la India suponen una laguna considerable al calibrar la importancia de ambos países en el cuadro general de los pueblos asiáticos. Pero esto no es mengua de la victoria obtenida sobre Rusia al hacer que el Japón quede incorporado al sistema defensivo del Pacífico, que ha sido completado con tres diferentes Pactos: el de Defensa mutua entre los Estados Unidos y Filipinas, firmado en Washington el 30 de agosto; el Tripartito de Seguridad del Pacífico, firmado por Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda el día 1 de septiembre, y, por último, el de Seguridad, de 9 de septiembre, entre los Estados Unidos y el propio Japón.

El sistema defensivo del Pacífico queda de este modo formado por un conjunto de pactos, del mismo modo que en el sector del Atlántico el Pacto de este nombre agrupa a los pueblos occidentales. Aquéllos, como éste, son expresión del impulso dado por Estados Unidos a la política defensiva con que el mundo no comunista ha contestado a los planes agresivos del que tiene su centro en Moscú.

Estc es el hilo que une el hecho de la firma del Tratado de paz con el Japón y las Conferencias que inmediatamente se siguieron en Washington y Ottawa. En la primera, el tema principal que ocupó a los tres Ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, fué el del problema alemán. Una vez incorporado el Japón en un pie de igualdad al concierto de las Naciones, la situación de Alemania, dividida y sometida a las restricciones derivadas de su prolongada

situación de ocupación, se destaca necesitada de que al fin se llegue, venciendo todos los obstáculos, a una solución justa y realista a un tiempo. Esos obstáculos no son todos del mismo signo. De un lado, la situación de país dividido en causa de que no se pueda concluir un Tratado de paz que tenga por objeto la totalidad del pueblo alemán. De otro, el temor francés a una aceptación amplia de la colaboración alemana en la defensa europea, con una Alemania en posesión de unidades de combate de alguna importancia y bajo mandos germanos, es un freno puesto al claro propósito de Washington de ver a Alemania dentro del aparato defensivo atlántico. Pero pese a aquella división, con lo que los Ministros de Asuntos Exteriores se enfrentaron en Washington fué con la necesidad de llevar al pueblo alemán hasta el disfrute de una completa soberanía; de sustituir el régimen de ocupación por otro que, dando al pueblo germano y a su Gobierno una mayor libertad, señale el camino para una auténtica rehabilitación de Alemania, ganada para el Occidente europeo. En el comunicado oficial de la Conferencia de los tres Ministros hecho público al término de la misma, se contiene la decisión de dar instrucciones a los altos comisionarios aliados para la negociación de los acuerdos con el Gobierno federal alemán encaminados a transformar completamente las relaciones existentes. Asimismo se expresa el deseo de un pronto convenio relativo a la participación alemana en la defensa occidental «por medio de la propuesta comunidad de defensa europea, cuyas fuerzas formarán parte en las fuerzas conjuntas de defensa bajo el mando supremo del Atlántico Norte.» El *New York Times* calificó de revolucionario el acuerdo tomado en la Conferencia de Washington sobre la formación de un ejército europeo. Y pese a la aprobación dada a ese acuerdo por el Quai d'Orsay, que las agencias se encargaron de difundir, el recelo francés se manifestó desde el primer momento, entendiéndose que Schuman había ido demasiado lejos por el camino de las concesiones. El Ministerio francés de Asuntos Exteriores desmintió que la postura francesa con respecto al problema del rearme alemán hubiera variado después de los acuerdos de Washington.

El acuerdo tomado en la capital estadounidense sobre el Convenio de paz con Alemania fué tomado a los seis días de la firma del Tratado de paz con el Japón. e inmediatamente dió comienzo en Ottawa la reunión del Consejo de las Doce Naciones del Pacto del Atlántico Norte. Uno de los que intervinieron en la primera sesión fué precisamente el Ministro francés, que informó sobre el avance experimentado por el proyecto de un Ejército europeo. En su intervención aludió al plano de igualdad de todos los miembros de este Ejército, lo cual se interpretó como el asentimiento del Gobierno francés a que Alemania asumiera la responsabilidad de su intervención en la misma medida que las demás potencias. Aunque por parte francesa se ha querido recalcar que las decisiones sobre Alemania han de ser aún ratificadas por el Parlamento, y aunque se declare que la recluta de los efectivos alemanes no comenzará hasta tanto que sean realidad los organismos pertenecientes a la comunidad defensiva europea, es lo cierto que el acuerdo recaído sobre Alemania y el rearme europeo ha sido un gran avance en el progresivo desarrollo de la defensa atlántica, de acuerdo con los propósitos de los Estados Unidos.

Así como los acuerdos sobre la cuestión de Alemania recaídos en la Conferencia de Washington se proyectaron sobre las deliberaciones de Ottawa, el problema de la incorporación de Grecia y Turquía al Pacto del Atlántico, revisado también en aquella Conferencia, fué dejado en su decisión final para el debate plenario de los Doce Países signatarios del Pacto. En efecto, vencida la resistencia de los países nórdicos, especialmente de Noruega, se llegó a la admisión de estas dos naciones por la Organización atlántica. El día 20 de septiembre se dió a conocer la «Declaración de Ottawa», que viene a ser una declaración de principios para el mantenimiento de la paz y para la creación de una fuerza defensiva, seguida de la creación de una Comisión ministerial, compuesta por los representantes de Bélgica, Canadá, Italia, Noruega y Holanda con el fin de coordinar las consultas sobre política exterior y fomentar la cooperación económica, financiera y social entre los países del Pacto.

La incorporación de Grecia y Turquía a esta Organización ha sido el resultado

de más relieve de todos los alcanzados por la reunión de la N. A. T. O. y tiene todo el carácter de un complemento del cerco en que el Pacto del Atlántico Norte pone a Rusia. Por lo demás la fisura que en este gran arco defensivo supone el comunismo yugoslavo, ha sido atendida con la visita a Tito el 25 de agosto del Embajador oficioso de Truman, Averell Harriman, de regreso de sus infructuosas gestiones en Persia. Parece que puede interpretarse la visita a Yugoslavia del activo Embajador norteamericano, como indicio de la incorporación de este país a los planes defensivos occidentales. En este sentido habla la concesión por parte de Washington de un programa de ayuda militar a Yugoslavia y el acuerdo de entrada en guerra contra Rusia de este país, caso de verificarse un ataque soviético contra la Europa occidental. Esta toma de contacto de Belgrado con Washington y el hecho de la firma del Tratado de Paz del Japón, que desde ahora gozará de una concesión de paz mucho menos dura de la que a Italia correspondió en enero de 1947 cuando fué firmado su Tratado de Paz, han sido móviles más que suficientes para que De Gasperi, con ocasión de su viaje a Washington y Ottawa, haya agitado vivamente el tema de la revisión del Tratado de Paz de su patria. La cuestión de Trieste es uno de los móviles fundamentales, pues Italia sabe cuánto ha de temer una solución italiana de tal problema del entendimiento del dictador yugoslavo con las potencias occidentales. En efecto, Tito ha manifestado a Harriman estar dispuesto a tratarlo con Italia, pero imponiendo tales condiciones (anexión de la zona B, obtención de algún acuerdo sobre la zona A, y renuncia italiana a sus reivindicaciones sobre Istria), que difícilmente puede Italia avenirse a tratar de discutirlo. Con todo lo cual, de no llevarse a la realidad las promesas hechas por las tres Grandes Potencias a Italia con respecto a la revisión de su Tratado, si en Ottawa se ha obtenido el aumento de dos miembros más en el Pacto del Atlántico, también se habrá engendrado el peligro de una crisis en la política atlántica.

\* \* \*

El desarrollo seguido por el conflicto anglopersa, al que ya concedimos amplia atención en nuestra Crónica anterior, lejos de conducir a una situación en la que se pueda abrigar la esperanza de una solución media, elaborada a base de concesiones de ambas partes, ha señalado en el curso de este trimestre con más firmes trazos la posición de cada una. A fines del mes de septiembre se ha hecho mucho más difícil. Es necesario reconocer que por parte irania las consideraciones estrictamente económicas o técnicas no han prevalecido sobre los móviles de tipo patriótico o demagógico. El Gobierno presidido por Mussadeq se encuentra empujado, con difícil posibilidad en un cambio de su actitud, por la intervención que se ha dado a las masas persas buscando un apoyo que ahora resulta peligroso. No olvidemos que en la iniciación del conflicto se ofreció al pueblo iranio la sugestión de un argumento equivocado, cual era el de la existencia de una población empobrecida a costa de las riquezas obtenidas por la explotación de la Compañía extranjera, de tal suerte, que la nacionalización de esa explotación haría cesar tal estado de cosas. La realidad, por el contrario, demuestra que la expulsión de los ingleses supone la desaparición de unos elementos técnicos que garantizan la buena marcha y el rendimiento de las grandes instalaciones petrolíferas y la imposibilidad de que la labor de refino sea continuada normalmente sirviéndose las demandas de los compradores. La salida al mercado también queda afectada, por la ausencia de los necesarios barcos cisterna que ésto exige, pese a la existencia en el mundo de una considerable cantidad de barcos de esta índole, de muy distintas banderas, ya que las grandes Compañías petrolíferas estadounidenses han tomado la decisión de no enviar sus barcos si la A. I. O. C. queda condenada a no vender su petróleo. La creación de una situación económica gravísima es inevitable al suprimirse el más importante y casi único ingreso del Estado persa y al hacerse muy difícil la recuperación de los 50 millones de libras que Persia tiene depositadas en Bancos de la Gran Bretaña. A este problema financiero se une otro social de grandes dimensiones, provocado por el paro a que se ven conducidos 70.000 obreros iraníes.

Naturalmente, para Inglaterra, el conflicto no deja de tener también sus consecuencias económicas. De modo más inmediato, la decisión de comprar petróleo de procedencia norteamericana supone un aumento en el gasto de dólares que no puede sino alarmar a la balanza de pagos de Gran Bretaña. Parece que la imposibilidad de contar con los suministros petrolíferos persas exige encontrar otras fuentes de abastecimiento que aseguren un total de 25 a 30 millones de toneladas por año. De aquí el aumento de la explotación petrolífera del Iraq, en donde se ha llegado a un acuerdo entre el Gobierno de Bagdad y las Compañías explotadoras del petróleo de este país, saliendo al encuentro del peligro suscitado por la vecina nacionalización. Esto aparte del aumento de la explotación de los pozos petrolíferos de Birmania, cuya producción estaba casi interrumpida.

La conciencia del suicidio económico que para los persas supone su intransigencia nacionalizadora, junto con la gestión del enviado norteamericano Harriman, han hecho posible las conversaciones después que la irreductible actitud persa se negó a aceptar la apelación al Tribunal de La Haya, presentada por el Gobierno británico y la A. I. O. C. El Gobierno iraní accedió a parlamentar con una misión inglesa presidida por el Lord del Sello Privado y Ministro de Materias Primas, Richard Stokes. La solución patrocinada por el Ministro inglés consistía en admitir en principio la nacionalización, Persia ostentaría la propiedad del petróleo, pero una Compañía mixta, con predominio inglés en la dirección, se ocuparía de la explotación y distribución mediante el pago del canon que se conviniera y que aumentaría los ingresos persas.

En Teherán interpretaron esta proposición como un intento de prolongar la permanencia de la Compañía inglesa sobre el Irán. Las negociaciones se interrumpieron bruscamente, y Stokes regresó a Londres en tanto que Harriman salía para Yugoslavia. Inmediatamente fueron evacuados los técnicos británicos y Persia se enfrentó con su desastrosa situación económica, tratando de salvarla acudiendo al recurso de vender el petróleo en bruto. Pero el Gobierno iraní ha aumentado el peligro de las posibles derivaciones a que puede dar lugar este conflicto, al anunciar el día 22 de septiembre la iniciación de negociaciones ruso-persas. El cambio de dirección favorable a Moscú ha quedado puesto de relieve con la variación experimentada en la actitud del partido comunista Tudeh que ha cesado en sus habituales ataques a Mussadeq. Los peligros que pudieran derivarse de una decidida intervención rusa en la explotación del petróleo iraní, son evidentes, dada la presente situación mundial, cuando un aumento de la política defensiva de las potencias occidentales hace necesario que no se desvíe hacia el bloque soviético el petrolero persa. Parece ser, sin embargo, que a última hora, tanto Persia como Inglaterra, habían acudido de nuevo a la mediación de Estados Unidos para volver a salvar sus amenazados intereses con nuevas conversaciones.

En este trimestre una nueva complicación ha aparecido en la zona del Oriente Medio que afecta también de manera grave a la posición de Inglaterra en esta parte del mundo. Tal es la actitud tomada por Egipto con respecto al Canal de Suez.

Como consecuencia de las rivalidades existentes entre árabes y sionistas, la Liga Árabe adoptó la resolución de proceder al bloqueo económico de Israel, y Egipto, de acuerdo con esa resolución, se dispuso a impedir el paso por el Canal de Suez de mercancías, especialmente petróleo, con destino al país judío. Es evidente, sin embargo, que en los propósitos egipcios hay algo más que el deseo de servir al acuerdo tomado por la Liga Árabe, pues el control del Canal, sobre ser en todo caso una manifestación del ejercicio de la soberanía que halaga a la fuerte tendencia nacionalista existente en el país, está en la línea de la postura antibritánica derivada de la política de reivindicaciones que tiene como objetivos centrales la incorporación del Sudán a la Corona egipcia y la expulsión total de las tropas británicas. Los inconvenientes de las restricciones impuestas a la navegación motivaron que ya en el mes de julio Francia estuviera dispuesta a llevar el asunto al Consejo de



Seguridad, si en ello estaban conformes Inglaterra y los Estados Unidos. Poco después ocurrió, en aguas del golfo de Suez, un incidente que tuvo como protagonistas a un transporte inglés y a una corbeta oficial egipcia, que originó dos energías protestas británicas. Planteado el asunto de la navegación por el Canal ante el Consejo de Seguridad por la delegación israelí, este Organismo de las Naciones Unidas aprobó el 1 de septiembre con ocho votos a favor, ninguno en contra y tres abstenciones, el texto de la resolución tripartita anglo-franco-norteamericana, contraria a las decisiones del bloqueo egipcio, pidiendo a este país que suspendiera las restricciones impuestas. En el curso de las deliberaciones del Consejo de Seguridad, el efecto causado en Egipto por la intervención del delegado británico y por las notas presentadas en El Cairo por el Ministro inglés en esta capital apremiando una resolución urgente en sentido favorable a los deseos ingleses, dieron lugar a que el Jefe del Gobierno egipcio, Mustafá Nahas Bachá, recordara que Egipto estaba dispuesto a anular en breve el Tratado anglo-egipcio de 1936. El Ministro de Asuntos Exteriores, Salah ed Din Bachá, celebró una conferencia con el Secretario de la Liga Árabe con objeto de que los países árabes adoptaran una acción conjunta con Egipto con respecto al problema planteado ante el Consejo de Seguridad, y en una reunión celebrada en Alejandría por la Comisión Política de la Liga los representantes de los siete países árabes decidieron apoyar a Egipto. Por ello, la resolución del Consejo de Seguridad, lejos de encauzar el problema, ha provocado la unión de esos países, que, como dijo el representante de Siria, no estaban dispuestos a que Egipto asumiera sólo las responsabilidades derivadas de una medida que afecta a la causa común de todos ellos, pues que iba dirigida a impedir la acción expansiva y agresiva de Israel.

Del mismo modo que ha ocurrido en Persia, no ha dejado de proyectarse la sombra de Rusia una vez que los intereses británicos se encuentran en difícil situación. Así, aunque Rusia se abstuvo en la votación recaída en el Consejo de Seguridad, la Embajada soviética en El Cairo se expresó en el sentido de apoyar a Egipto, lo que ha determinado que periódicos importantes de aquella capital afirmaran que Egipto estaría dispuesto a pedir a Rusia su ayuda si las potencias anglosajonas se unían a Israel en una acción hostil con motivo de la disputa del Canal.

En el mes de julio tuvieron lugar dos sangrientos sucesos, de los que fueron víctimas, respectivamente, Riyad Bey Sulh, Jefe del Gobierno libanés, que fué muerto en Amman cuando regresaba de entrevistarse con el rey Abdullah, y el propio monarca jordano, asesinado en Jerusalén al entrar en la Cúpula de Roca para visitar la tumba de su padre. La repercusión de ambos asesinatos es indudable, especialmente el segundo, por la significación que el rey hachemita tenía dentro del mundo árabe y por sus relaciones con el Occidente. Por eso no extraña que el hecho tuviera un notable eco en Londres y Wáshington. El rey Abdullah era, dentro de la complicación política de los países árabes, un elemento estabilizador, dotado de grandes cualidades políticas. Su muerte, que como primera de las dificultades que puede suscitar ya ha provocado el problema de la sucesión, ha de afectar seriamente a la posterior vida de la Liga y a la relación de los pueblos árabes entre sí. Especialmente en lo que guarda relación con la vecina Israel, pues fué el monarca jordano el principal defensor de los intereses arábigopalestinos.

Dentro del cuadro general presentado por las relaciones existentes entre los pueblos semitas a que nos venimos refiriendo, hay que consignar la celebración en París de las reuniones de árabes y judíos sobre la pacificación de Palestina. No quiere esto decir que se pueda contar ya con una eficaz cooperación de ambas partes acerca de este particular, aunque es indudable que el asentimiento dado por Egipto, Jordania, Siria, Líbano e Israel a la Comisión de Conciliación de las Naciones Unidas significa un paso adelante, sobre todo si tenemos en cuenta el fracaso de las conversaciones de junio y mayo del pasado año organizadas por la misma Comisión. De todas formas, y para no dar un significado equivocado a las reuniones de París, es necesario precisar que el tema principal propuesto es el referente al problema planteado por la existencia de los refugiados árabes.

Quede registrada aquí también la creciente tensión que ha experimentado en este trimestre la disputa sobre Cachemira que desde hace años enfrenta a la India y al Pakistán, reacios ambos a ceder en sus posiciones para aceptar la solución propuesta por las Naciones Unidas de celebrar ante observadores neutrales un plebiscito que decida la suerte política de este estratégico principado. Pese a la protesta de indios y pakistanos, las actividades bélicas han continuado por ambas partes, poniendo de nuevo de relieve que no abrigan la intención por el momento de hacer desaparecer este foco de peligrosas disputas.

\* \* \*

La Crónica del tercer trimestre del año en curso debe concluir señalando el cambio experimentado por la actitud norteamericana con respecto a España, de la que el episodio más destacado ha sido la visita rendida a nuestra patria por el Jefe de operaciones navales de los Estados Unidos, Almirante Forrest P. Sherman. Su visita a España formaba parte del viaje emprendido por el Almirante hacia Europa, durante el cual había de visitar también París y Londres, finalizando su itinerario en Nápoles, en donde se encuentra establecido el mando de la VI Flota norteamericana en el Mediterráneo. Lo que causó sensación en las potencias occidentales fué que Sherman pasara por Madrid en primer lugar, conferenciando inmediatamente después de su llegada con el Jefe del Estado Español, con lo que quedaba puesto sobradamente de relieve que el objetivo preferente de su viaje era tratar y llegar a un acuerdo con España que hiciera posible su incorporación a la defensa occidental. En los primeros días del mes de julio el Departamento de Estado informó a Francia que el Almirante Sherman visitaría Madrid con objeto de ocuparse de la cuestión referente a posibles bases para las fuerzas armadas de los Estados Unidos. La actitud francesa fué hostil desde el primer momento, como lo demostró en el memoradum presentado por el Embajador francés Henry Bonnet al Departamento de Estado en contestación a aquella comunicación. En dicho memorandum se calificaba de inoportuna para la organización del Pacto del Atlántico y para su miembros tratar de la cuestión de las bases en España. Desde entonces fué constante la atención prestada por la prensa franco-inglesa al tema de España y la defensa occidental y constante también la hostilidad de la mayor parte de ella y de sus Gobiernos contra nuestra patria. El Secretario del Foreign Office, Morrison, se opuso, en nombre de la Gran Bretaña, a la incorporación de España a los planes de defensa del Oeste. Por su parte, el Subsecretario de Asuntos Exteriores británicos, Ernest Davies, dijo en la Cámara de los Comunes el día 20 de julio que en la actualidad la asociación de España a la defensa atlántica no fortalecería la colaboración de los países democráticos.

Elevado número alcanzarían los testimonios que podríamos citar en que tanto Francia como Inglaterra han expresado su enemiga a España, haciéndose una vez más víctimas de su ceguera y de la ideología de partidos y gobernantes naturalmente enemigos de una España anticomunista con participación en la política europea.

Inmediatamente de su visita a Madrid el Almirante Sherman marchó a París, donde se entrevistó con Eisenhower, continuó luego hasta Londres, conferenciando aquí con los jefes militares británicos, y puso punto final a su viaje en Nápoles. Lo que el mundo no esperaba es que esta ciudad italiana habría de ser también el punto final de su vida: el Almirante Sherman falleció allí casi de repente el día 22 de julio, de un ataque al corazón, según se dijo, pero quedando su muerte rodeada de oscuras circunstancias.

La impresión es que la repentina desaparición de este alto jefe norteamericano no dificultará las gestiones que Washington le tenía encomendadas, puesto que parece había enviado con antelación los informes fruto de su misión. Sólo sus impresiones personales faltarán a los que habían de recibirlas. Y con respecto a la conferencia secreta mantenida con el Jefe del Estado Español, se ha hecho notar que a ella asistió el Embajador norteamericano Staton Griffis.

El cambio de actitud norteamericana con respecto a España, a la que aludió el propio Presidente Truman en una conferencia de Prensa, es expresión del criterio realista que guía la política defensiva emprendida por el Departamento de Estado y por el Pentágono, y que igualmente conduce a buscar el apoyo de bases españolas que a prometer ayuda militar al régimen comunista de Tito a cambio de contar con su colaboración en caso de registrarse una agresión soviética. Esta es la diferencia con los Gobiernos de Francia e Inglaterra, que insisten en su actitud hostil contrariados por ver levantarse el cerco que a España pusieron hace años, y pese a haber enviado de nuevo a Madrid sus representantes diplomáticos.

FERNANDO MURILLO RUBIERA

